

HACE algunos años se venía invitando a México para que participase en la famosa Trienal de Milán; la exposición de artes industriales y aplicadas modernas que viene celebrándose en la capital lombarda desde hace más de treinta años. Ya en 1954 trataron los directores de la Trienal de formalizar la participación de nuestro país, pero circunstancias de un tipo y otro —¡es tan difícil promover cualquier cosa!— impidieron también en esa ocasión que nos adhiriésemos al gran evento milanés, y defraudaron una vez más el interés de los italianos amigos de México.

Acababa apenas de cerrarse la décima Trienal a principios de 1955 y el que escribe se encontraba en Italia gozando de una beca que el gobierno de aquel país le había concedido para estudiar asuntos de urbanismo, cuando un amigo le escribió desde México pidiéndole datos sobre la Trienal de Milán, para hacer una información periodística. Esto ocurría en Roma, y había que empezar por averiguar quién podría saber algo de la celebración milanés. Después de algunas investigaciones pude localizar al propio presidente de la Trienal, que resultó ser un gran amigo de México: el senador italiano Ivan Matteo Lombardo, quien, ante mi interés por el asunto resultó ser tan gentil como para invitarme a ir a la capital del norte para llevar a cabo allá, y en la propia sede de la exposición las investigaciones que necesitase. Una vez en Milán, la gentileza del secretario ejecutivo de la Trienal, comendador Tomasso Ferraris, me abrió de par en par las puertas de los archivos de la institución, y así pude conocer en su propia fuente la historia de treinta años verdaderamente interesantes y fructíferos: desde que la que llegaría a ser Trienal de Milán era una modesta exposición de muebles y artesanías en la vecina población de Monza, hasta los días del presente en que la institución milanés había llevado a convertirse en una asamblea de la modernidad europea. En aquella celebración, la décima, la dimensión europea se desbordaba ya por cierto en un ámbito internacional; habían participado ya unos doce países —Estados Unidos, entre otros— y podía preverse ya el advenimiento de la gran presencia de América. Pero faltaba México, que a muchos milaneses interesaba especialmente, y la invitación que había vuelto a hacerse no había dado resultado. Después de dedicar varios días de aquel febrero de 55 a saber qué era y qué había sido la Trienal, me sentí con la posibilidad de cooperar en un nuevo intento para invitar a nuestro país, y al efecto obtuve de los directivos Lombardo y Ferraris una extraordinaria carta en la que se me solicitaba oficialmente mi intervención ante las autoridades mexicanas para volver a invitar a nuestro país a tomar parte en la siguiente Trienal de Milán.

Después de eso, y una vez que envié a México la información que se me solicitaba, habían de transcurrir todavía largos meses de permanencia en Italia antes de que fuese posible iniciar gestión alguna en México. Pero en cuanto volví al país a fines de octubre de 55 inicié un planteo del problema ante el senador Julio Serrano Castro quien inmediatamente me puso en contacto con el licenciado Miguel Alvarez Acosta, director del Instituto Nacional de Bellas Artes. Pero este tipo de cosas son lentas, y las promociones que aparentemente no inciden de modo directo e inmediato en la vida nacional, tienen que abrirse paso, pese a la buena voluntad de las autoridades superiores, a través de las alambradas de púas del trámite y la burocracia, responsables de más de un atraso en la marcha de la vida nacional. Así, otros largos meses habrían de transcurrir en gestiones diversas hasta que por fin, en agosto del año pasado, se logró que tanto el señor Presidente de la República como el secretario de Educación Pública patrocinasen la empresa y autorizasen al que esto escribe para integrar, bajo la presidencia del licenciado José Angel Ceniceros, un comité para proceder a la organización definitiva de nuestra tarea en Milán. Ese grupo de trabajo tuvo como vicepresidentes al licenciado Alvarez Acosta, director del INBA y al arquitecto Pedro Ramirez Vázquez, presidente del Colegio Nacional de Arquitectos, y contó además con el arquitecto Alberto T. Arai, jefe del departamento de Arquitectura del INBA; con el maestro Victor M. Reyes, jefe del departamento de Artes Plásticas, y con el arquitecto José Antonio Gómez Rubio, especialista en exposiciones y museografía, a quien se confió el proyecto arquitectónico de nuestra exposición. El que escribe fue designado vocal ejecutivo atendiendo a su conexión con la Trienal de Milán y a su larga tarea de promoción en este asunto.

La tarea de planear el tipo de aportación que vendría llevar a Milán fue bastante difícil y fue motivo de una prolongada consideración. El problema nuestro desde luego consistía fundamentalmente en llevar a cabo un primer acto de presencia ante un conjunto de países de larga tradición tecnológica y artística que por diversas razones (me refiero especialmente a los países europeos) tienen de México poco o ningún conocimiento. Había, sí, el antecedente casi aislado de aquella gran exposición de arte mexicano que recorrió el norte de Europa hace algunos años, y también había sido vista en algunos de esos países la ya famosa exposición fotográfica conocida con el nombre de Cuatro mil Años de Arquitectura Mexicana. Pero desde luego, una exposición de acuerdo con el espíritu, tradición y programa de la Trienal de Milán no había sido planteada siquiera. Por otra parte, México no podía repetir una exposición de arte, y tampoco pretender competir en materia de novedad en diseño industrial y técnico con países como la propia Italia o como Suiza, Alemania o Suecia.

Entonces decidimos que el núcleo de esta primera participación nuestra en Milán fuese una nueva interpretación; una segunda edición aumentada y disminuida, por así decirlo, del espléndido conjunto fotográfico que resume la historia de nuestra arquitectura. Con esta idea, se mandaron hacer nuevas fotografías de las realizaciones recientes en materia de arquitectura y de conjuntos urbanos, e igualmente se agregaron fotografías de elementos de mobiliario recientemente diseñado para nuevos edificios en México. Para esto, ya se había precisado que esta exposición fotográfica en su forma original se encontraba depositada en la Embajada de México en París, y que lo que procedía entonces era recogerla allá, llevarla a Milán y entonces renovarla eliminando una gran cantidad de material prehispánico y precolombiano y agregando las fotografías recientemente organizadas, como efectivamente se hizo.

Con el criterio de que lo más interesante y más valioso que pudiera presentar México en Milán es su arquitectura moderna, se concibió nuestra participación centrada, como ya se dijo, en torno a este gran tema. Pero, además de esto, se concedió un importante lugar a las artes e industrias populares, al mueble moderno, a la orfebrería contemporánea y desde luego, a la ambientación general, museográfica y artística de la exposición.

La Trienal de Milán se ha venido celebrando en los últimos años en un edificio especialmente construido para el efecto que fue donado por el filántropo e industrial milanés Bernocchi. Se encuentra situado en un extremo de un hermoso parque en el corazón de la ciudad, y lleva el nombre de Palacio del Arte. En ese edificio escogimos uno de los mejores y más amplios salones, con un área de más de trescientos metros cuadrados y una altura de casi doce, y en ese espacio proyectó mi colaborador el arquitecto Gómez Rubio, de acuerdo con el comité formado, el arreglo de la exposición. El primer problema era hacer valer las generosas dimensiones del local escogido. Mientras que la mayoría de los países participantes hicieron bajar los plafones hasta una altura de unos tres metros, nosotros en cambio, planeamos desde un principio que precisamente esa dimensión excepcional fuera uno de los elementos importantes de nuestro salón. Una enorme cortina de algodón tejido y estampado a mano, obra de la firma Riggs-Sargent y de la decoradora Esperanza Velasco cubría en toda su longitud y en toda su altura el muro oriente del salón, y uno de los fotomurales más grandes que se hayan hecho en México, producido y diseñado por la artista María Teresa Méndez se levantaba espectacularmente desde el cerramiento de la puerta de salida en el muro norte hasta el techo del salón, y en general la composición que se llevó a cabo y que refinamos hasta su último detalle en los mismos días que precedieron a la inauguración, tuvo como sentido fundamental hacer valer el gran espacio de que dispusimos. Era interesante advertir cómo el público que visitaba la exposición, fatigado por la estrechez y el exceso museográfico de algunos países, cuando llegaba al salón de México descansaba a sus anchas y tomaba asiento tranquilamente respirando por fin un poco de libertad y de espacio.

Las opiniones que el arquitecto Gómez Rubio y yo recogimos todavía en Milán fueron sumamente favorables para nuestra participación. Directivos de la Trienal, arquitectos de la exposición, compañeros participantes; público en general tanto italiano como de otros países de Europa nos dijeron que nuestra exposición era audaz y original; que era distinta de todo lo que habían presentado los demás países; que daba a la Trienal en esa ocasión una nota diferente: que México se presentaba a través de lo expuesto como un país adelantado, vigoroso y profundamente personal. En ocasión de una conferencia de prensa que organicé en el propio salón de México poco después de inaugurada la exposición, tuve el gusto de saludar entre el público a la señora Gilles de Lafont, secretaria de la Asociación Internacional de Críticos de Arte; a Henry Russell Hitchcock, del Museo de Arte Moderno de Nueva York, y al arquitecto y artista George Molnar, de la Universidad de Sidney. Estas tres personas expresaron en esta ocasión un gran entusiasmo y una gran simpatía por lo que había logrado México en su primera participación de la Trienal de Milán.

Es oportuno, y es de justicia hacer notar que sin la activa e inteligente colaboración de algunos amigos milaneses; los directivos y funcionarios de la Trienal, los arquitectos de la misma, y muy especialmente nuestros amigos: los señores Luciano Colombo y Ettore Setti de la firma ARTES, que llevaron a cabo nuestro proyecto, las dificultades con que hubiésemos tropezado en Milán hubieran sido casi insuperables. Sin el auxilio de las personas dichas; de nuestro cónsul en aquella ciudad y de los agentes aduanales de la firma Gondrand Hnos., hubiera sido casi imposible abrir nuestra exposición en aquel famoso 27 de julio en que se inauguraba la Undécima Trienal de Milán.

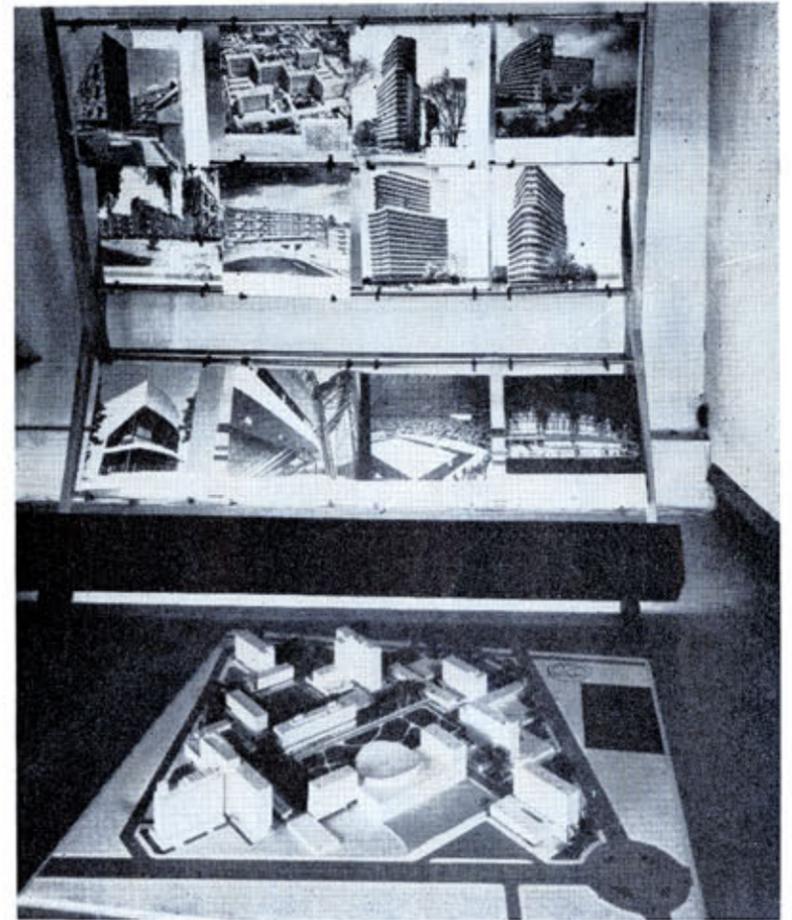
Afortunadamente, aquella calurosa tarde de julio, después de dos días de casi no dormir, y habiendo recibido la mayor parte de la carga marítima unas horas antes, con un retraso de casi 15 días, pudimos terminar el arquitecto Gómez Rubio y yo nuestro trabajo pocos minutos antes de que su excelencia Giovanni Gronchi, presidente de la República Italiana entrase al Palacio del Arte a inaugurar la Trienal.

El salón de México fue el primero que visitó Gronchi, acompañado de nuestro mejor amigo: el senador Ivan Matteo Lombardo, presidente de la Trienal de Milán.

Arq. MAURICIO GÓMEZ MAYORGA

PRESENCIA DE MEXICO EN MILAN

México participó en la famosa Trienal de Milán



LA TRIENAL de Milán es una de las más importantes

